

TIEMPO DE VIVIR

El hormigueo subía desde la misma punta de sus pies, pasando por sus pantorrillas y acabando un poquito más arriba. Era una sensación rara, pero, a la vez, agradable.

Sus piernas se movían de un lado a otro y se hundían una y otra vez. Las volvía a levantar, pesadas y cansadas por el esfuerzo.

Los pantalones remangados por encima de las rodillas, la camisa empapada por el sudor y la cara encendida por el calor bochornoso de Agosto. La suave brisa revolvió aún más su pelo moreno repartido en dos graciosas trenzas que siempre su madre se empeñaba en hacer. Tenía razón, ¿qué madre no la tiene?, no era nada cómodo ir con el cabello suelto y menos cuando hacía viento, ese viento de Lanzarote...

María apartó las gotitas que caían por su frente con un gesto del brazo y siguió con la faena.

Sonrió.

El líquido salía a borbotones por el caño estrecho de la pequeña pila que hacía de lagar y caía en un barreño llenándolo rápidamente.

Sí, le encantaba pisar la uva.

Lo había hecho toda su vida. Soñaba con la llegada de cada verano esperando ese momento. Reía desenfadada, sin preocupaciones, no importaba nada a su alrededor, era feliz.

-¡Eh, no me empujes!- gritó enfadada.

Había olvidado que no estaba sola.

-Pues , "jálate" "pa' llá".- protestó a su vez un "chinijo" tostado por el sol, con el torso desnudo y los pantalones también remangados.

A regañadientes, los dos compartieron su particular lagar. Pronto se les pasó el enfado porque, en verdad, los dos estaban disfrutando.

Cayó la tarde.

Ella se recostó en la pared.

Sus hermanos y su padre ya se ocupaban del resto del trabajo. Prensaban la uva hasta escurrirla por completo y, ya filtrada, guardaban el líquido en barricas de madera para su fermentación.

María cerró los ojos y una sensación de frescor la invadió por un instante.

Recordó una bodega, allá por San Bartolomé, repleta de barricas de vino alineadas una encima de otra. Respiró la frescura que allí había y, aún no estando ahora en el lugar, revivió ese momento con añoranza. La bodega de "seño" Ramón, "el de la huerta abajo". Buen vino. No lo sabía ella por experiencia propia, no estaba bien visto a sus trece años recién cumplidos.

María y su familia no tenían unos extensos terrenos de viñedos, no tenían grandes “socos” para proteger las parras, no tenían lagares adecuados para la vendimia. No, María y su familia tenían una huerta donde la tierra generosa les brindaba todo lo que podía para sobrevivir.

Plantaban las varas, las cuidaban, las “sulfataban” para protegerlas del bicho traicionero, las podaban, las vendimiaban y las pisaban hasta recoger todo su jugo.

Era una buena vida, sacrificada, como decían muchos, pero... la vida que a María le encantaba.

Levantó la vista. “LA CORONA” majestuosa enmarcaba todo el campo. Las casas salpicaban el paisaje en la lejanía. Ese paisaje blanco que nos es tan familiar y que sorprende a los extraños.

Suspiró...

-¿Cansada?

-Un poco. ¿Y tú?

-Yo nunca me canso.- respondió presuntuoso y se alejó.

Tomás, amigo inseparable de sus hermanos. ¡Qué arrogante era Tomás! Flaco como un “fincho”. La cara alargada enmarcada por unos ojos alegres y una nariz aguileña. Siempre sonreía con sorna y más cuando se dirigía a ella. Era muy alto y María a su lado se sentía pequeña.

De buena gana le hubiera dado un “manotiaso” cuando la estaba empujando en la piletta. Se sorprendió “rezongando” sola porque la ponía de los nervios, la sacaba de sus casillas, la ponía colorada hasta la raíz del pelo y eso le daba coraje...

-Tú no te me escapas, Tomás...

La figura larga y enjuta de Tomás se acercaba. Ahora el rostro curtido por los años. Muchos años ya. Los ojos alegres habían perdido parte de su brillo, pero aún estaban ahí. La miraban a ella. María también había envejecido, como ella quería, junto a él. María le tendió la mano y él se sentó a su lado.

-¿Cansado?-preguntó María.

-Yo nunca me canso.- respondió Tomás.

La tarde caía.

Los racimos cuelgan distraídos doblando las parras.

Vuelve a ser tiempo de vendimia.